

LA REGION ASIA-PACÍFICO

Eduardo Jara Roncati
Ministro Consejero

INTRODUCCIÓN

El tema de este artículo es tan vasto como lo son las áreas históricas, geográficas y culturales a las que se refiere. Asia es más un concepto que una realidad, debido a la profundidad de esa tan respetable región del mundo.

Algo similar ocurre con el Pacífico, cuya superficie y recursos exigen un verdadero esfuerzo de imaginación.

De ahí entonces, que será necesario fijarse ciertas fronteras. La primera de ellas será conceder a cuanto aquí se diga más bien el carácter de reflexiones destinadas a despertar la inquietud respecto de estos temas. Nada es definitivo, en áreas de tanta complejidad. En consecuencia, cualquier interpretación distinta sólo puede enriquecer el análisis. Cada uno podrá posteriormente, desarrollar o ampliar esta fascinante materia.

Luego, más que el estudio acabado y definitivo de los innumerables temas que consideraremos en forma muy somera, se buscará plantearlos lo más objetivamente posible. No se utilizarán formulas únicas ni enfáticas, sino que planteamientos políticos, históricos, económicos, desde las más diversas ópticas.

EL ESCENARIO

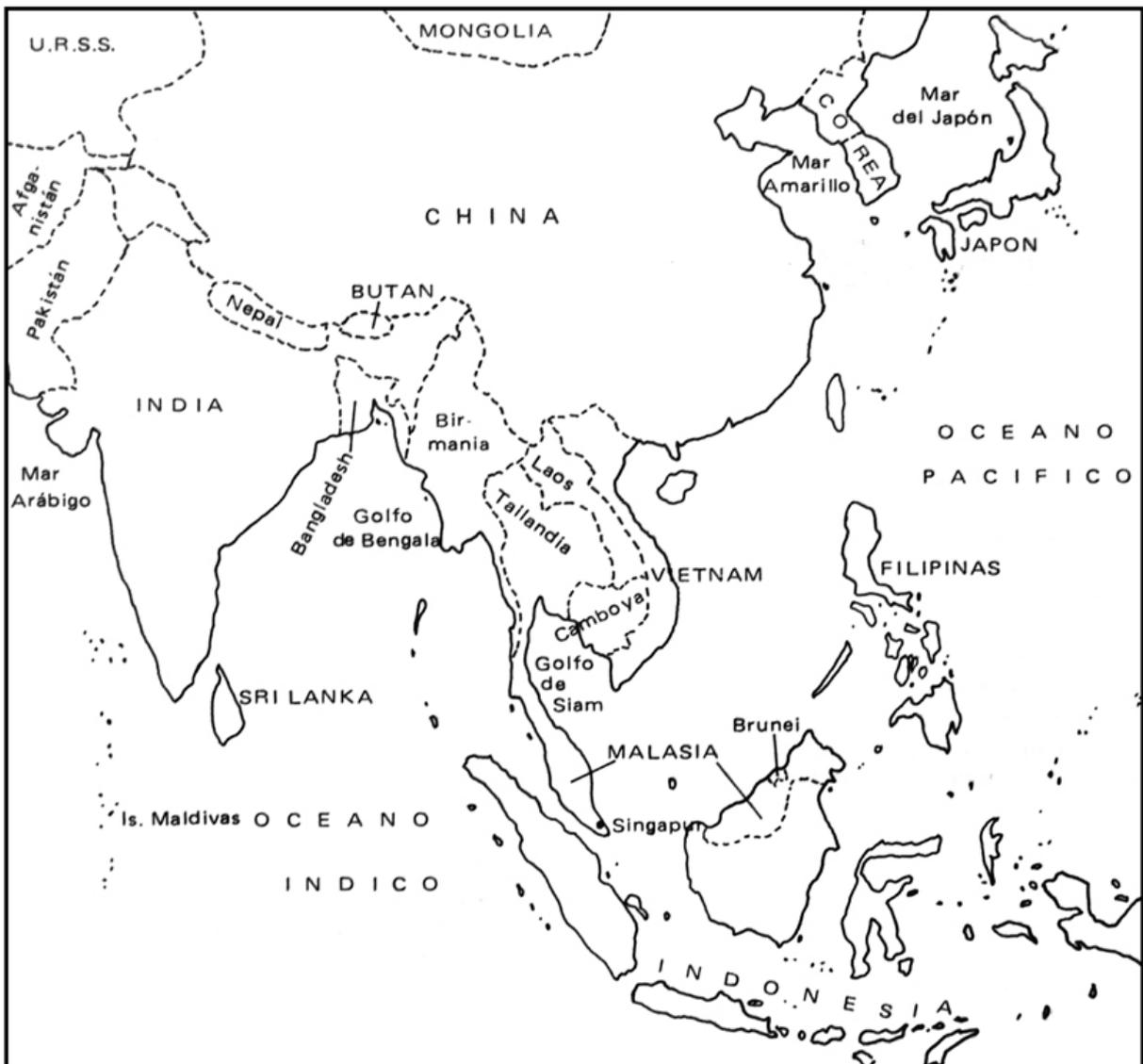
Habrá que comenzar por describir el área. Como se habrá visto, las reflexiones anteriores han recibido apelativos provenientes de un lenguaje teatral. Antes de utilizar tales expresiones, permítasenos decirlo, hemos reflexionado bastante. Sin embargo, finalmente llegamos a la conclusión de que ello permitirá no sólo visualizar mejor el tema, sino que refleja más claramente cuanto ocurre en ese gran teatro de la Humanidad, pasado, presente y futuro que, según los más destacados politicólogos, internacionalistas y diplomáticos, constituye el más progresivo centro de atracción de la comunidad internacional.

Comencemos, entonces, por el escenario. Calificarlo de gigantesco sería, incluso, correr el riesgo de quedar corto. No hay pautas para graficar su dimensión física o geopolítica, profundidad cultural, su historia y su geografía. Pero muy especialmente para calificar su rol en la historia futura.

El área Asia-Pacífico, concepto más académico que real, está integrada, de una u otra forma, por todos los países que tienen un significado político o económico en el mundo de hoy. Todos están presentes allí, físicamente o a través de territorios de su pertenencia.

La Cuenca del Pacífico constituye una enorme masa que equivale a un tercio de la superficie total y contiene la mitad del total de agua del planeta. Naturalmente, incluimos en esta cifra los territorios de los Estados ribereños, entre los cuales figuran las dos superpotencias, prácticamente todas las medianas potencias, China y casi todas las potencias emergentes cuyos recursos naturales las hacen respetables. El Asia es el continente multitudinario, de culturas milenarias. El Pacífico es un mundo todavía casi vacío, en términos comparativos. En conjunto, están constituyendo no sólo el gran centro de

interés del mundo de hoy, sino que un desafío integral que se está comenzando a comprender poco a poco en su real dimensión.



AREA ASIA-OCEANO PACIFICO.

Descubramos ahora este enorme escenario. Nuestra preocupación se centra sobre los países asiáticos ribereños del océano Pacífico: Japón, China, Corea y la Unión Soviética, en su dimensión asiática; luego, más al sur, los países miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), especialmente Filipinas e Indonesia; más adelante, Nueva Zelanda, Australia y Papua Nueva Guinea, para concluir con el enorme y desparramado mundo insular del Pacífico norte y sur, básicamente, la Micronesia, la Melanesia y la Polinesia. Se trata de un variado conglomerado humano diverso en todo, pero unido en el interés que está provocando en el mundo exterior.

La historia de la Humanidad en Occidente, ha sido escrita básicamente por los europeos. Por tal motivo, continentes y mares surgen o desaparecen en la medida que los países europeos llegaban o dejaban determinadas partes del mundo. Pero Asia y el Pacífico existían desde mucho antes, y sus pueblos habían desarrollado vastas culturas de aporte a la civilización y ejecutado proezas sin límites, verdaderas epopeyas que sólo recién comienzan a vislumbrarse, después de serias y prolijas investigaciones históricas.

Antes de su descubrimiento por los europeos, el océano Pacífico había sido el teatro de grandiosos viajes de conocimiento y comercio realizados por los antiguos pueblos navegantes de la región.

Pero limitémonos a decir, por ahora, que esta área del mundo ha sido el centro de vastas y profundas culturas políticas, religiosas, que trajeron vida y desarrollo e impulsaron los intercambios recíprocos desde tiempos muy pretéritos. Los chinos han estado presentes en todas las áreas antes descritas, donde día tras día se están encontrando nuevos vestigios que así lo confirman. Los maoríes, nombre genérico tradicional de todos los polinésicos, vinieron probablemente de la región que hoy ocupa Indonesia, y desarrollaron civilizaciones respetables en diferentes áreas de ese mundo marítimo. Su aventura, desde las islas del sudeste asiático hasta la isla de Pascua —hay muchos que sostienen que llegaron y tal vez poblaron América— ha sido desconocida, pero paulatinamente investigaciones cuidadosas comienzan a dar luz acerca de pueblos que parecían no haber hecho aporte alguno de civilización, sino que habrían sido más bien simples receptores. Incluso los aborígenes australianos, que hasta principios de siglo eran considerados simplemente como "las más atrasadas criaturas humanas del universo" o "el más bajo tipo de vida humana de nuestro planeta" (*The call of the Pacific*, J.W. Burton, Londres, 1912), han cambiado su imagen, y hoy se les ve como forjadores de una imaginativa forma de civilización, que numerosos libros y museos australianos les sirven de testimonio.

Lamentablemente, estos pueblos no escribían o sus escrituras se han perdido o no han podido ser descifradas, motivo por el cual sus epopeyas (distancias grandiosas, medios primarios, ambiente hostil), no han podido perdurar.

No vamos a entrar, naturalmente, en los orígenes misteriosos y casi mágicos del Asia y del Pacífico. Las distancias son, aun para los parámetros de fines del siglo xx, incalculables. De la costa australiana del Pacífico (digamos, Sydney) hasta Perth, en el Índico, casi cinco horas en un super moderno jet; en los buenos trenes chinos, de Huhhot, capital de la Mongolia interior y poco al norte de Pekín, hasta Cantón, hay cuatro días ininterrumpidos de viaje. La distancia marítima entre las islas del Pacífico, que tan cerca se ven las unas de las otras en los mapas, son casi interminables, incluso si sus aguas fueran inmóviles, lo que, como es sabido, no es el caso. Sólo para dar una idea más gráfica, podríamos señalar que toda América es la cuarta parte en extensión de la Cuenca del Pacífico, y podríamos agregar que es posible que tenga, a pesar de las riquezas de nuestro continente, cuatro veces más recursos. En el fondo del mar recién estamos en el período de recolección, si pensamos en los nódulos poliminerale, o bien extrayendo tímidamente el petróleo desde profundidades aun relativamente pequeñas.

Analizada como un todo, parece ser que Indonesia está en el corazón de la región, dando la impresión de ser el centro de un mundo que hace miles de años estallara en mil pedazos, desparramando islas y culturas, por aquí y por allá. Difícil es saber cuántas islas hay en esta zona; Filipinas, solamente, tiene más de 7.000. No hay que olvidar, por otra parte, que el nombre del lugar donde se encuentran las llamadas "islas benditas" del Capitán Cook, la Polinesia, viene de las expresiones griegas "poli", o muchas, y "nesos", islas. Sin embargo, a pesar de ese elemento que podría ser disociador, hay algo en común, y es con ese concepto que debiéramos quedarnos por el momento. La transfusión permanente desde uno a otro lado del Pacífico, por la cual se han inclinado muchos tratadistas. (*The story of the Pacific*, Hendrick Willem van Loon, Londres, 1940)

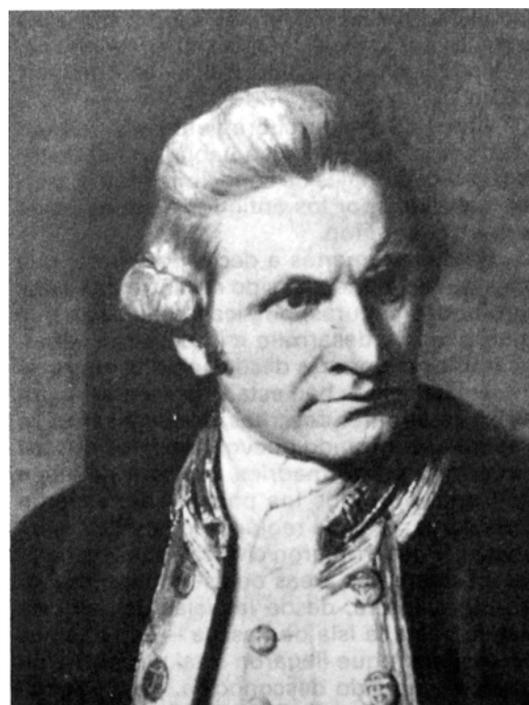
La historia va girando y con ella surgen y desaparecen culturas y centros de poder. Lejana está la época en que los juncos chinos iban de un lado al otro, recorriendo las costas

asiáticas del Pacífico, comerciando por aquí y por allá. Con el reciente impulso que ha tomado últimamente el interés por las antigüedades, resulta extraordinariamente atractivo observar hoy en el comercio especializado malayo o indonesio, jarrones, porcelana y otros objetos chinos provenientes de esas épocas, que aparecen de excavaciones impulsadas por el desarrollo y que testimonian épocas de comercio floreciente y de estrecha vinculación. Nadie podría así negar tales evidencias. Luego llegarían los europeos, españoles, portugueses, holandeses, ingleses y franceses, que iniciaron otro tipo de comercio, no ya de trueque sino que de importación, plagado de riesgos, y que dio origen a fortunas incalculables. Justo es reconocer, sin embargo, que los primeros en radicarse fueron los holandeses, pueblo de ilustres y valientes descubridores, quienes fundaron la primera colonia europea en Timor, en 1516.

La penetración europea en el Asia, igual que como ocurrió en el Pacífico, está plagada de aventuras, de las más interesantes de la historia de la Humanidad. Ante la imposibilidad de recordarlas todas, pensemos solamente en los últimos momentos de Magallanes—relatado por uno de sus subalternos, Pigafetta— luchando cuerpo a cuerpo con los aborígenes cebuanos de Mactán (Filipinas) con una flecha en una pierna, un brazo herido con una espada de bambú, y luego, en el asalto final, sobre este hombre herido, que en su desesperación había hecho quemar, pocas horas antes, todas las casas del villorrio. Y así, como decía aquel oficial, hasta que mataron a nuestro espejo, nuestra luz, nuestro apoyo y nuestro guía". (*Spain in the Philippines*, Nicholas P. Cushner, S.J., Quezon, 1971)

Acontecimientos similares ocurrían en las más diversas latitudes de esa interminable región. Laperouse jamás habría podido imaginar —mientras disfrutaba en Concepción, Chile, días plétóricos de felicidad entre fiestas, bailes y tantas demostraciones de gentileza de toda índole de la sociedad penquista, en febrero de 1786, para todos quienes habían llegado en la *Boussole*— que su fin sería prácticamente similar en el alejado atolón de Vanikoro —como solamente se supo hace menos de diez años— en el archipiélago de Santa Cruz en las Nuevas Hébridas (hoy Vanuatu), "en un paisaje verde de kaoris, caimanes y oscuros melanésicos". (*Laperouse, des combats à la decouverte*, Amiral de Brossard, París, 1978)

Y junto a ellos fueron llegando tantos otros, los primeros de los cuales recordamos, hasta ahora, como los holandeses Tasman y Roggeveen, los británicos Dampier, Anson, Cook, Byron, Wallis; los franceses Bougainville y d'Urville. Pero tal vez el más importante de todos fue el Capitán Cook, el glorioso navegante del *Endervour*, descubridor de tantos lugares, de cuyos viajes resultó más civilización, más comercio, violentos cambios de vida y, en una palabra, una de las más grandes epopeyas del hombre en su avidez de conocimiento y de poder. Coetáneamente con tan ilustre navegante, Rusia se convertía en la primera nación europea con actividades colonizadoras en Asia. Imposibilitada de adquirir Constantinopla, bloqueada por Inglaterra en Persia, comenzó a observar hacia el este. A fines del siglo XVII ya había alcanzado el mar de Bering, tomando algo de Manchuria y construyendo Vladivostok, su único puerto en



CAPITAN JAMES COOK
(Cuadro pintado en 1776)

aguas templadas.

Así, entonces, se iba desarrollando un segundo descubrimiento del Pacífico, que comenzó cuando Vasco Núñez de Balboa, "de infortunada vida y de lamentable muerte", descubriera, en 1503, el océano Pacífico. Existiendo detrás de cada uno de ellos un reino y un poder político, pasaron a ser los adelantados de un poder extraño a la zona, que con el tiempo se iría haciendo más y más fuerte, dando origen a la presencia europea que, de una u otra forma, aún perdura. Así ocurrió por todos lados, pero muy especialmente en Australia y Nueva Zelanda, donde los europeos lograron consolidar importantes puntos de apoyo para toda la zona del Pacífico.

Igual cosa ocurrió en Asia, donde los europeos intentaron, hasta lograrlo, quebrar la autoprotección fijada por el gigante de la zona, China, usando puertos de avanzada conquistados, primero, económica, y después, políticamente, en el sudeste de ese continente, en especial en Indonesia, Malasia, Filipinas, Hong Kong y Singapur. Esa área permitió a Occidente contar igualmente con un apoyo en el continente, facilitándole la adquisición de bienes entonces muy apetecidos en Europa.

Japón, aún cerrado por esa misma época, constituía otra área codiciada, tal como lo eran por esos mismos tiempos —fines del siglo XVIII y comienzos del XIX— Australia y Nueva Zelanda. Estos últimos habían sido dejados de lado durante siglos. Hay pruebas que confirman cómo desde épocas muy pretéritas hubo navegantes que avizoraron sus costas pero no les dieron importancia, empeñados como estaban por llegar a otra Asia, tan rica como la conocida, que esperaban encontrar en ese vasto espacio de océano que, según ellos, no podía estar vacío. Los fuertes vientos del sur los alejaron de esa zona, aun cuando hoy se sabe que ya Luis Vaez de Torres fue el español que pasó más cerca de Australia en 1506, a través del estrecho que lleva hoy su nombre y que separa ese país - continente de Papua Nueva Guinea.

Pero al no ver a Australia, Torres nada perdió para la Europa de esos años, que buscaba sedas y especias. Por lo demás, fue un error el que permitió poblar a Australia. Cook y su científico Joseph Banks visitaron Botany Bay, en la costa del Pacífico, bautizada así por la cantidad de plantas de todo tipo que en ella encontraron en una época húmeda, pero creyendo que se trataba de la temporada seca. Si realmente hubiesen sabido lo poco fértil de su suelo y el sofocante calor del verano, diferente habría sido el informe que presentaron respecto de las características de Australia. Sin duda que en ello influyó la pérdida de sus colonias americanas en 1776, pues tal vez, de otra forma, no habría habido presencia inglesa en la zona, a partir de 1788, desde donde alcanzaría posteriormente a Nueva Zelanda. (*The tyranny of distance*, Geoffrey Blainey, Melbourne, 1968). Fue en esa época cuando por primera vez llegó a esas costas, después de un tedioso viaje de 36 semanas, una flota de once barcos al mando del Capitán Phillip, transportando mil personas a bordo, en su mayor parte convictos, quien confirmó que la descripción de Cook y Banks estaba plagada de errores, y hubo de cambiarse hasta Port Jackson, hoy Sydney, lugar que describió como "la más bella bahía del mundo", en lo cual tal vez no estuvo equivocado. Pero ni Torres ni Cook ni menos Phillip estaban en condiciones de ver las montañas de uranio, de cobre, de oro, de plata y tantos otros minerales que hacen de Australia uno de los países más ricos del mundo actual.

Antes de comenzar a rivalizar por el Pacífico y sus posibilidades, los europeos habían luchado por el control del transporte a través del Atlántico y del Indico. En este último, Gran Bretaña había logrado el más rico premio, la India, aun cuando —gran ironía— no controlaba ninguno de los dos accesos marítimos a esa región. Los holandeses controlaban el cabo de

Buena Esperanza, donde habían creado prontamente un puerto de atraque, Table Bay, cerca de Ciudad del Cabo, desde donde obtenían agua fresca, verdura, carne, madera y ayuda para sus barcos que hacían la ruta hacia el Asia. A partir de 1653, incluso había holandeses viviendo permanentemente en Ciudad del Cabo. Desde ahí, el viaje se hacía directamente hasta Jakarta y no les resultaba necesario buscar otros puntos de escala. Los españoles, por su parte, controlaban la otra vía, el cabo de Hornos, obligando a los ingleses a difíciles travesías, plagadas de aventuras entre las cuales revisten interés especial la recalada de Drake en la isla Mocha y la de Anson en Juan Fernández, al descartar los protegidos puertos españoles de Concepción y de Valparaíso, respectivamente.

Llegamos así hasta mediados del siglo pasado, siendo todavía el Pacífico considerado como un muro, más que un puente entre Oriente y Occidente. Asia atraía la atención de Europa, pero básicamente de Gran Bretaña, y en forma especial el comercio. Toda la segunda mitad del siglo pasado, hasta la guerra chino-japonesa de 1894-95, puede ser descrita como la del gran atractivo por impulsar el comercio con ese continente. "El comercio era lejos nuestro mayor atractivo; ni siquiera pensábamos a través de él llegar a crear un imperio." (*China and the foreign powers*, Sir Frederick Whyte, Oxford University Press, 1927). China, en particular, figuraba ante los ojos británicos como una especie de "El Dorado" comercial, ofreciendo ilimitadas perspectivas para una gran nación manufacturera, como lo era Gran Bretaña. La diplomacia británica perseguía entonces, con los métodos de la época, la apertura del mercado chino, intentando destruir o neutralizar los focos de resistencia activos y pasivos de los chinos a la penetración extranjera.

A pesar de tales esfuerzos, esta situación dio origen a las guerras de 1840, 1857 y 1860. Lord Napier, el primer representante permanente británico en China, tenía instrucciones de atenerse a las reglamentaciones chinas y considerar sus características propias. (*British Far Eastern Policy*, G.E. Hubbard, Institute of Pacific Relations, Nueva York, 1943). Los medios usados —el tráfico de opio importado desde la India a Cantón— fueron moralmente escandalosos, como lo fueron las guerras a que este dio origen. Sin embargo, habría que recordar que cualesquiera fueran los objetivos que tuviera en mente, ni Gran Bretaña ni ningún otro país europeo intentaron alterar la integridad del Imperio Chino.

Estados Unidos, por su parte, estaba intentando lograr la apertura del Japón al comercio con el exterior, esfuerzos en los que era seguido igualmente por Gran Bretaña. El Comodoro Perry fue apoyado por Lord Elguin, logrando suscribir convenios comerciales cuya génesis no está exenta de las más extraordinarias peripecias políticas y diplomáticas. Esta penetración extranjera en Japón provocó en ese país tremendas luchas intestinas, entre partidarios y contrarios de la misma. Simultáneamente, esas naciones perseguían evitar una lucha abierta entre Japón y China, no por solidaridad humana, sino que simplemente por cuanto ella podría debilitar a ambas potencias en beneficio de Rusia, que estaba incrementando su presencia en la zona. Esa alternativa no figuraba, naturalmente, como la más favorable a Europa occidental y a América. Sin embargo, los enfrentamientos directos entre los dos gigantes asiáticos, por Formosa, Corea y las islas Ryukin, nada positivo hacían presagiar.

Todo cambió, sin embargo, después de la guerra chino-japonesa. El comercio se hizo floreciente con Europa, dando paso al establecimiento de otros intereses: transporte marítimo, barcos seguros, inversiones europeas, lo cual no estaba, como es obvio, exento de complicaciones políticas. Así, las relaciones con China y Japón, pero muy especialmente con la primera, estaban entremezcladas con lo político y constituían una de las primeras prioridades diplomáticas europeas. Tanto era así, que se decía que para entender los asuntos europeos era indispensable comprender los problemas de China, hasta el extremo

de que la situación política de una esfera afectaba la de la otra. (*Foreign Diplomacy in China, 1894-1900*, P. Joseph, Londres, 1928)

Olvidada estaba la época de preservar la integridad de China. Las potencias europeas habían considerado que una China fuerte era el más poderoso muro para evitar la expansión rusa al sur de Asia. Inglaterra llegaba a pensar que aquella podría llegar a amenazarle la India. Pero una vez que se consideró difícil salvar a China del desmembramiento, hubo un violento cambio de política y comenzó la batalla por las concesiones, una verdadera carrera por obtener áreas de influencia y adquisiciones territoriales. Naturalmente, ninguna potencia europea se preocupaba entonces de China por motivos altruistas, sino que pensando en su propio beneficio. Estas concesiones fueron definidas en la época como "una región del Imperio chino en la cual un determinado poder extranjero tiene garantías jurídicas preferentes o exclusivas para invertir." (*The far east in world politics*, G.F. Hudson, Oxford University Press, 1937). Favorecidas por tal régimen, surgieron Francia en el sudoeste, Rusia en el norte y Alemania en Shantung, junto a Gran Bretaña en el valle del río Yangtzé.

Estados Unidos estaba entonces comenzando a adquirir importancia en el área, básicamente luego de la guerra con España que le permitió la adquisición de las Filipinas. Pero ya sea a través del apoyo a Japón contra Rusia o a través de tantos otros ejemplos, los europeos y americanos se fueron haciendo fuertes en la zona, llevando hasta allá sus propias rivalidades. El propósito de evitarse problemas entre socios en el mismo proyecto será claramente expuesto en las instrucciones impartidas por el Presidente McKinley a su Comisionado de Paz: "No pretendemos ninguna ventaja en el Oriente, que no sea común para todos", aplicación lisa y llana del principio de puertas y ventajas para todos o para ninguno.

La aventura asiática no estuvo, sin embargo, exenta de los más altos riesgos. Uno de los más extraordinarios, entre tantos otros, ocurrió el 2 de junio de 1900, cuando las once Legaciones extranjeras residentes en Pekín fueron asaltadas por los boxers y la tropa imperial china, a lo cual siguió un sitio de 45 días al barrio diplomático, obligando a una defensa por medio de las armas. Estos sucesos constituyeron un hito en el desarrollo de la China moderna, provocando una crisis interna que puede haber influido en la caída misma del Imperio, once años después. Asimismo, afectó profundamente las relaciones del Celeste Imperio con el mundo exterior, que de una u otra forma aún perdura. Desde entonces, los dirigentes chinos han debido controlar cualquier desborde en contra de extranjeros. Durante el proceso que condujo a la victoria de los comunistas en 1949 y sus primeros años de consolidación en el poder, con motivo de la Revolución Cultural de los años 60, y ahora, con motivo de la progresiva presencia extranjera en la vida china, se ha hecho lo posible, a pesar de todo, por evitar la repetición de actos de esa envergadura, lo que se ha logrado, con la excepción de los abusos cometidos por los Guardias Rojos, especialmente en 1967. (*The siege at Peking*, Peter Fleming, Oxford University Press, Londres, 1959). En aquellos tiempos la lucha había tomado características de guerra civil, alcanzando incluso a quienes se consideraba sospechosos de tener simpatías "por los bárbaros", según lo determinó la expedición internacional movilizadas posteriormente para liberar las Legaciones sitiadas. (Crónicas de *Le Figaro* de París, publicadas bajo el título "Los últimos días de Pekín", Pierre Loti, Ballard, París, 1985)

Desde entonces, la importancia de la región no ha hecho sino que incrementarse sin cesar. Las dos guerras mundiales, pero muy particularmente la segunda, han tenido al Pacífico como uno de los escenarios. La zona constituye un foco de atracción internacional de primera línea, político, comercial, diplomático y de todo orden. La comunidad

internacional observa a esa vasta área con la mayor atención y se esfuerza por participar en su desarrollo y en los beneficios que éste provocará.

LOS PROTAGONISTAS

En esta zona se encuentran, casi sin excepciones, las más grandes potencias políticas y económicas de la actualidad. Algunas pertenecen físicamente a la región, otras han sido atraídas por ella debido a su potencialidad y a sus perspectivas.

Estados Unidos de América y la Unión Soviética han llegado paulatinamente hasta sus costas; Japón y China son antiguas culturas de la región; Gran Bretaña y Francia han logrado importantes posiciones territoriales; Indonesia y Corea han desarrollado un fuerte poderío; Australia y Nueva Zelanda, conjuntamente, son más extensas que Europa occidental. En una palabra, un alto porcentaje del poderío integral del mundo.

Hagamos un breve análisis de cada uno de estos países.

Estados Unidos de América

Consideremos solamente, para estos propósitos, la costa oeste. A pesar de las enormes fuerzas centrífugas norteamericanas, esta región (básicamente, California) constituye una ventana y una puerta hacia el Pacífico, y a través de esta hacia el Asia. Una puerta que se abre hacia las islas de Hawai, en el corazón del Pacífico norte, y luego hacia las Midway, las Johnston, las Marshall, Wake las Marianas, las Carolinas, Samoa norteamericana; en fin, un sinnúmero de posiciones con diversos nombres y status, que son bastiones de presencia americana concreta en tierras del Pacífico. Además, para nadie son un misterio los estrechos vínculos de todo orden que los Estados Unidos mantiene con Filipinas, Taiwán, Corea del Sur, Japón, los países de la ASEAN, Australia, Nueva Zelanda y la mayor parte de los Estados insulares del Pacífico.

La presencia norteamericana no está, sin embargo, limitada a la tierra. Sus barcos surcan libremente las aguas del Pacífico, sus submarinos se desplazan desde América hasta el Asia y sus aviones y satélites lo sobrevuelan a sus anchas. Igual ocurre desde sus bases militares, navales y aéreas, ya sea en suelo propio o en las Filipinas (Clark y Subic Bay), Corea del Sur (Kinsan), Japón (Misax y Yokosuka) y Australia, país este último donde los Estados Unidos mantienen bases de comunicaciones, informaciones y rastreo espacial de la mayor importancia estratégica.

Este país es, incontrarrestablemente, la más importante fuerza política presente en la región Asia-Pacífico, en su conjunto.

La Unión Soviética

La presencia de la Unión Soviética en el Pacífico constituye uno de los objetivos geopolíticos prioritarios de la diplomacia y las Fuerzas Armadas de ese país. Por de pronto, este país cubre una extensa zona asiática, que colinda por más de 4.000 kilómetros con China, enfrenta a Japón y controla directamente a Mongolia exterior. Mantiene vínculos muy estrechos con Viet Nam, donde actualmente ocupa la antigua y poderosa base norteamericana de la bahía de Cam Ranh. En territorio propio mantiene las bases de Vladivostok, Khabarovsk y Sobejskaya Gavan, en la península de Vladivostok, y de Petropavlovsk en la península de Kamchatka. Las principales son Khabarovsk —desde donde operan sus aviones con capacidad de acción en todo el Pacífico— y Vladivostok, que constituye el cuartel general del 70% de los portaaviones y buques de guerra de superficie

soviéticos. Desde Petropavlovsk opera el 75% de la flota de submarinos soviéticos del Pacífico.

La Unión Soviética juega un rol progresivamente importante en la zona; tomando en cuenta sólo su potencialidad asiática, puede ser considerado como un país determinante en esa área. A pesar de las divergencias ideológicas, mantiene un importante comercio intrarregional, y Gorbachev se está esmerando en impulsar vínculos de tipo político.

No obstante aquello, si nos atenemos a presencia material, esta es todavía mínima. Fuera del Asia, incluso sus barcos pesqueros carecen de puertos de recalada, y sólo ha logrado suscribir acuerdos de pesca del atún con Vanuatu y Kiribati, a pesar de las presiones ejercidas sobre sus gobiernos por Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, pero que no autorizan las recaladas de los barcos pesqueros en sus puertos. Este último acuerdo, sin embargo, no fue renovado. Con Nueva Zelanda, la Unión Soviética tiene importantes convenios pesqueros, con derecho a recalada para cambiar de tripulación, faenas de abastecimiento, reparaciones, etcétera.

Japón

Este país, que ostenta las más altas cifras económicas del mundo en la actualidad, jamás ha dejado de ser —desde el inicio de sus contactos con el mundo exterior— una de las grandes potencias de la región Asia-Pacífico. Sus relaciones comerciales con todos los países son óptimas, y las políticas tampoco son malas con ninguno, básicamente debido a la poca trascendencia que este país ha concedido en forma tradicional a este último aspecto, aún cuando se observa un compromiso cada vez mayor con la Alianza Occidental.

El principio objetivo de su política exterior ha sido y es asegurarse y mantener el acceso a las fuentes de recursos y a los mercados internacionales. De ahí, por ejemplo, la relevancia de sus relaciones con el Medio Oriente.

Su flota pesquera es inmensa y ultramoderna, y su vinculación con China muy estrecha, al igual que con los países de la ASEAN, Australia, Nueva Zelanda y las islas del Pacífico. En todos ellos juega un rol de primera importancia. Su comercio es activísimo, a pesar de la competencia que sufre desde Corea del Sur, Taiwán y Hong Kong, a los cuales de todas maneras supera ampliamente.

El éxito japonés se siente por toda la región. Esto se debe, fundamentalmente, a su fuerte ahorro interno, al estricto control monetario utilizado, al enorme monto de sus exportaciones y a su mínimo consumo de productos importados. Todo ello junto a un sentido de la jerarquía y de la disciplina, que coexiste con técnicas de administración que constituyen un tema de estudio y atención mundiales. El presupuesto militar del Japón fue en 1982, sin embargo, de 10 mil millones de dólares, o sea, apenas un 1% de su inmenso Producto Nacional Bruto.



BUQUES PESQUEROS EN UN PUERTO JAPONES

China

El país más poblado del mundo, con casi 1.200 millones de habitantes, extenso y profundo, está llevando a cabo una de las revoluciones más espectaculares de la historia de la Humanidad, intentando impulsar ahora un desarrollo integral mediante incentivos, alejándose así de la planificación socialista ortodoxa. Se trata de un verdadero continente que pudiera ser autárquico; pero sus dirigentes visualizan su desarrollo a través de un modelo abierto hacia los productos y las tecnologías del mundo exterior. China produce prácticamente todo lo que Occidente conoce, y mucho de lo que desconoce, pero necesita técnicas extranjeras adecuadas para mejorar calidad y cantidad, así como la comercialización internacional de su producción que es justamente lo que está intentando obtener a través de su apertura política y económica externa, y de un prodigioso y bien razonado estilo de negociación diplomática y comercial.

China es, paradójica y simultáneamente, una gran potencia, un país industrializado y una nación subdesarrollada, según sean los índices que se le apliquen. Su voz es actualmente escuchada y respetada, y es miembro permanente, con derecho a veto, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sus cifras de producción e importación la sitúan a un nivel similar al de Japón, Europa occidental o Canadá, pero sus exportaciones y su nivel de vida no están acorde con lo anterior, ya que respecto de este último (US\$ 325 *per cápita* en 1984, por ejemplo) está entre los últimos lugares del mundo. Sin embargo, hay que considerar que China no tiene los desniveles socioeconómicos que se observan en otros países del mundo.

Si bien aún no mantiene relaciones diplomáticas con Indonesia y Corea del Sur —pero sí comerciales indirectas— China es cada vez más influyente en el contexto general de esa región, y actualmente promueve "el retorno de Taiwán a la madre patria", usando un método relativamente similar, que sus dirigentes pudieran cambiar de orientación, al que se usó para recuperar Hong Kong.

En 1985 organizó su primera expedición antártica, que salió desde Shangai; después de 45 días de navegación transpacífico sin escalas, llegó al estrecho de Magallanes.

Gran Bretaña

Históricamente un país protagónico en esta región, su poder político ya no es el mismo, aun cuando se mantiene comercialmente muy activo.

Mantiene, asimismo, una influencia directa en Australia, Nueva Zelanda y algunas islas anglófonas del Pacífico, como Fiji. Su posición diplomática, muy cercana a la de Estados Unidos, le permite mantener su alto nivel de vinculación regional y de participación en el futuro de la zona, a través de los fuertes intereses que en ella mantiene.

Tiene vínculos muy estrechos con todos los países asiáticos importantes, y su acuerdo con China sobre Hong Kong le ha abierto el enorme mercado de ese país para sus productos.

Francia

Mientras que su presencia en Asia está básicamente limitada al comercio, la situación de Francia en el Pacífico es muy difícil. Sus ensayos nucleares en Mururoa, en la Polinesia, aun cuando subterráneos, la alejan de todos esos países, especialmente de Australia y Nueva Zelanda, con los cuales sus relaciones son casi críticas. Iguales problemas le provoca su presencia colonial en Nueva Caledonia, donde, por falta de una mayoría autóctona definida, no ha podido entregar el gobierno local, evitando así odiosidades internas y problemas mayores a nivel regional.

Francia está intentando abrirse a los mercados asiáticos y sus líderes, gubernamentales y del sector privado, viajan incansablemente a la zona (Corea del Sur, China, Japón, ASEAN), intentando promover sus ventas. Sin embargo, no es fácil romper corrientes de comercio tradicionales. Por otra parte, tampoco hay promoción cultural francesa, sino más bien interés por integrarse y llevar luego a su país la de los países asiáticos. Francia siempre ha sentido una gran admiración por Asia, y ella continúa reflejándose en sus relaciones actuales con esa región.

Indonesia

Junto a China, el otro gigante del área, este país, con 175 millones de habitantes, ha constituido tradicionalmente un elemento de equilibrio en la región. De incalculables riquezas y simultáneamente de tremendas pobrezas, Indonesia constituye un factor vital del sudeste asiático; está ubicada justamente en el paso del Pacífico al océano Indico, así como entre el Asia continental, Oceanía y el mundo insular del centro de ese océano.

El lema de su escudo. "Unidad en la diversidad", refleja perfectamente la situación de ese país, dividido en alrededor de 13.500 islas cercanas al Ecuador. Indonesia es un crisol de razas, culturas, religiones, historia. Sus sucesivos gobiernos han intentado estructurar un sistema destinado a convertir esos inconvenientes relativos en fuente de poder material y espiritual.

Indonesia constituye, junto con Malasia, la puerta de entrada del islamismo a la región Asia-Pacífico, dando así origen a un elemento geopolítico de gran importancia, derivado de la estrecha vinculación de estos grupos con el panislamismo internacional. Indonesia tiene un carácter protagónico en la relación Norte-Sur y Este-Oeste, en un área donde, desde tiempos inmemoriales, el mar de China del Sur constituía el Mediterráneo Asiático. (*A history of Malaysia*, Barbara Watson y Leonard Andaya, Londres, 1982)

Corea

Este antiguo país, hoy dividido luego de la guerra de 1953, constituye un elemento especialmente importante.

Por de pronto, China y la Unión Soviética luchan por lograr el predominio sobre el norte, sin obtenerlo plenamente, y Kim Il Sung juega, con gran habilidad, una política pendular que le reporta beneficios desde ambas partes, aun cuando éstos son más políticos que económicos. Comercialmente, así como en términos de poder, Corea del Norte no juega rol alguno en la región.

Corea del Sur, en cambio, tiene cierta influencia gracias a su enorme poderío económico (exportaciones por más de US\$ 30 mil millones y un excedente superior a US\$ 2 mil millones). Estados Unidos está ciertamente asentado en ese país, en todo sentido, pero todo indica que los coreanos ya habían obtenido un beneficio —aun cuando fuese en un solo aspecto desarrollo económico— de la dilatada presencia, entre 1910 y 1945, de los japoneses



SEUL, CAPITAL DE COREA DEL SUR

en el país. Corea del Sur forma parte de los países industrializados del mundo —con fuertes contrastes internos— y se la denomina "el segundo Japón", del cual será en el futuro próximo el más fuerte competidor. La industria surcoreana es la llave de su vertiginoso desarrollo, y produce gran parte de los ingresos y del empleo interno, aun cuando Estados Unidos y Japón están siempre reticentes a aceptar las transferencias de tecnología hacia su competidor potencial.

Comparado con Japón, Corea del Norte destina el 7,5% de su PNB a gastos militares, mientras que Corea del Sur el 5,5% del mismo, siendo su PNB tres veces más alto que el de aquella.

Australia

País de incalculables riquezas naturales, constituye un verdadero continente casi justamente en las antípodas del país de origen de sus colonizadores. Abierto por largos años a la inmigración de origen europeo, se ha hecho de un valioso capital humano que siendo aún muy reducido en cantidad (16 millones en 7.686.848 Km², o sea, 2 habitantes por Km²) le ha permitido un alto nivel de desarrollo integral.

Australia ha compensado con esfuerzo y con sus propias riquezas su enorme distancia de los grandes centros de consumo mundial. Desde hace algunos años ha comprendido que debe olvidarse de pensar únicamente en Inglaterra, para pasar a integrarse más a su región geográfica. Desde entonces ha iniciado un claro acercamiento, en todas las áreas, con los países asiáticos y los del Pacífico, desde donde es visto como el gran país del presente y la gran potencia del futuro. Mantiene muy estrechos vínculos con Estados Unidos —incluso militares— pero simultáneamente con Japón, China, Indonesia, Nueva Zelanda y otros países del Pacífico sur, donde juega un papel rector, básicamente en la Melanesia, debido a sus muy estrechas relaciones de toda índole con Papúa Nueva Guinea, que le sirve de puente para tal fin.

Con dimensiones extraordinarias, es el primer productor de cereales del mundo, por habitante, mientras que simultáneamente es el principal proveedor mundial de minerales, entre los cuales figuran literalmente todos los conocidos. Sin embargo, está fuertemente endeudada (tiene una deuda externa superior a los 75 mil millones de dólares, en 1986), que equivalen a un 30% de su PNB, a pesar de que sus fabulosos recursos hacen que ello no constituya un real elemento de perturbación internacional.

Nueva Zelanda

Originalmente poblado por polinésicos, pero luego racional y organizadamente constituido en un asentamiento británico, este país ha alcanzado, gracias a su gente y a su tierra, altos índices de productividad y de desarrollo. Su enorme distancia de los centros consumidores, de los cuales depende, lo obliga a acercarse a Australia, país con el que junto a sus afinidades, mantiene una fuerte competencia en términos de comercialización de productos agrícolas.

Su vocación exportadora se ha visto, sin embargo, seriamente afectada estos últimos años, debido al comportamiento de la economía mundial, que limita progresivamente sus exportaciones y busca cada vez más su autarquía en productos alimenticios. Estados Unidos y la CEE le han ido cerrando progresivamente sus puertas, lo que ha sido particularmente grave dado que Gran Bretaña constituía, tradicionalmente, su mercado único, hasta su ingreso a la CEE.

Alrededor de Nueva Zelanda existen dos pasos de contacto entre los océanos Índico y Pacífico, y todo indica que esas son las rutas usadas por los submarinos soviéticos que se dirigen a la costa oeste de los Estados Unidos. Sin embargo, el país se ha lanzado en una violenta y pública cruzada antinuclear que encuentra algún eco en la opinión pública nacional y regional, pero que la ha llevado a un verdadero enfrentamiento con los Estados Unidos, repercutiendo en la efectividad de su alianza militar (ANZUS).

Junto a estos protagonistas principales, conviene recordar brevemente a Malasia, rica en minerales, que controla las dos fronteras terrestres del estrecho de Malaca y que impulsa fuertemente el islamismo, a pesar de la resistencia de su provincia de Sabah, en la isla de Borneo que es cristiana. A Viet Nam, la gran potencia militar de la zona, pero demasiado compenetrada en sus propios problemas como para preocuparse de los regionales. A Fiji, país simultáneamente melanésico y polinésico, el más importante del Pacífico sur, sin considerar a Papua Nueva Guinea, estrechamente vinculada a Australia. Por último, está Taiwán, que siendo cuestionada su independencia por China, de hecho goza de autonomía política y es aun reconocido políticamente por algunos países, especialmente centroamericanos y del Caribe. Es una entidad extraordinariamente dinámica, cuya tasa de crecimiento continúa siendo, a pesar de las variadas crisis que ha sufrido, de las más altas del mundo.

* * *

Vamos a analizar ahora las fuerzas políticas y de toda índole que están presentes en la región. Ardua tarea, porque están llegando al Pacífico todas las rivalidades mundiales. Al término de la última gran guerra, Estados Unidos quedó casi como el dueño del Pacífico y controlaba la mayor parte de la región asiática ribereña. Pero Mao, con el apoyo soviético, ganó la revolución china y en 1949 proclamó la República Popular, empujando al aliado de los norteamericanos, Chiang Kai Chek, a la pequeña isla de Formosa. Asimismo, la Unión Soviética ha sabido aprovechar las debilidades norteamericanas (la neutralización de las Coreas, su derrota en Viet Nam, la mentalidad antinuclear del Pacífico) y hoy día sus submarinos surcan sin problemas las aguas de ese océano. Hay entonces la gestación de un enfrentamiento real, político y militar.

Esas dos superpotencias, sin embargo, a pesar de todas sus rivalidades, están vinculadas entre sí por diversos acuerdos de la más variada índole, contraídos tanto a nivel bilateral como multilateral. Igual cosa les ocurre con los diversos países de la zona, respecto de la cual mantienen estrechas alianzas.

China, por su parte, reclama para sí la aplicación de una política exterior independiente, buscando una normalización progresiva de sus relaciones con las dos grandes potencias, pero reservándose el derecho de reaccionar en contra de lo que denomina "las tendencias hegemónicas de ambas". (*The Constitution of the People's Republic of China*, Foreign Language Press, Beijing, 1983). Este concepto significa mantener la independencia y la iniciativa en sus propias manos, y va unido al de confianza en sí mismo; ambos forman parte de las instrucciones impartidas por Deng Xiao Ping "para lograr el socialismo con características chinas". (xx Congreso de PC chino, septiembre de 1982).

Los países del sudeste asiático, por su parte, esto es, Tailandia, Malasia, Filipinas, Singapur, Indonesia y Brunei, están unidos desde 1967 por un acuerdo especial denominado Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, en inglés), que junto con impulsar entre ellos una fuerte vinculación política y comercial constituye un bastión anticomunista, pero especialmente antisoviético, en esa región.

Australia y Nueva Zelanda han desarrollado vínculos estrechos con esos países y entre sí, y están unidos no sólo por su pasado, sino que por un conjunto de acuerdos de toda índole, que ha llevado a científicos políticos e internacionalistas a hablar de que se encontrarían en vías de una verdadera integración política.

Ambos, a su vez, están ligados a Estados Unidos por el Tratado ANZUS, que los norteamericanos consideran como "crítico para apoyar la estabilidad del sudeste asiático". (Paul Wolfowitz, *USIS Defense*, junio 26, 1984) Este alto funcionario llegó a equiparar este instrumento a la OTAN, tanto en su origen como en sus objetivos. Sin embargo, la política antinuclear del Gobierno laborista del Primer Ministro neocelandés David Lange, que responde al sentir de la gran mayoría de ese pueblo, ha puesto en serias dudas la viabilidad real de ese instrumento, respecto de Nueva Zelanda.

Japón, cuyo rol político internacional ha sido hasta ahora casi insignificante, constituye sin dudas la gran potencia económica y comercial de la región, tal como está ocurriendo a escala mundial. Alineado firmemente en el sector occidental, Japón tiene altísimas cifras de comercio con todos los países del mundo, entre los cuales, obviamente, los de la región en análisis. Desde 1979, ese país ha impulsado vivamente el concepto de cooperación económica del Pacífico, en su sentido más amplio, incluyendo las más variadas ideas y conceptos relativos a cooperación entre los países de la región en su conjunto, tales como el de la cooperación de la Cuenca del Pacífico, la Comunidad del Pacífico, la Organización Económica Regional Asia Pacífico, etc. Una infraestructura de tal índole facilitaría, naturalmente, el intercambio comercial entre sus miembros, y Japón no recibiría sino que beneficios de tal situación.

Los países del Pacífico, que se autodenominan del Pacífico sur, y que son Australia, Nueva Zelanda, Fiji, Nauru, Niue, Islas Cook, Kiribati, Papúa Nueva Guinea, islas Salomón, Tonga, Tuvalu, Vanuatu y Samoa Occidental, están a su vez estrechamente vinculados entre sí. Tienen organismos regionales (Comisión del Pacífico Sur, Foro del Pacífico Sur) e intereses comunes muy estrechos, como son la defensa de sus recursos naturales —básicamente pesqueros— y su decisión de constituir una zona desnuclearizada del mundo, al estilo del Tratado de Tlatelolco, pero más rígida, o del Tratado Antártico. Ello se concretó el 6 de agosto de 1985 con la suscripción del Tratado de Desnuclearización, que sólo no ha sido firmado por Nauru y las Islas Salomón. No les ha sido fácil imponer sus ideas a la comunidad internacional, debido a su relativa falta de poder a nivel mundial, pero aspiran a que las grandes potencias nucleares asuman responsabilidades similares en el área. China y la Unión Soviética han suscrito posteriormente ese tratado, que simultáneamente ha sido rechazado por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

Así, observada en términos muy genéricos, la zona tiene una cierta continuidad. Hay rasgos básicos que se repiten aquí y allá, para comprender lo cual es necesario hacer abstracción de las grandes corrientes migratorias, la llegada de los ingleses a Australia y Nueva Zelanda, de los franceses a Tahiti, de los indios a Fiji o de los chilenos a la isla de Pascua. Pero, por debajo de estas nuevas culturas y adaptada en cada caso a la geografía local, hay una base común que concede a esa enorme región elementos que se encuentran mayoritariamente en todas partes.

China ha jugado un rol fundamental al respecto. Su presencia en el área es innegable, sin entrar en más consideraciones que la histórica. De diversas formas, ese enorme país-continente enclavado en el Asia ha influido incluso étnicamente en la formación de prácticamente toda la región. Y es incluso posible que a través de los indonesios o de las islas que éstos ocupan hoy hayan influido en la formación de las razas del Pacífico; y tal vez

incluso en los americanos, ya que ello parece más viable que las dificultades físicas con que tropieza la hipótesis del cruce por el estrecho de Bering.

Los habitantes del Pacífico, por su parte, a pesar de su diversidad formal tienen elementos comunes que los investigadores han bautizado —en inglés, que es el idioma del área— el "Pacific way", lo que, ampliando conceptos y reglas gramaticales, podríamos traducir como "la manera de ser del Pacífico". Tales elementos confieren a esa región los vínculos adecuados para poder ser analizada, a pesar de su inmensidad y su diversidad, como un todo.

El argumento

La región Asia-Pacífico tiene sus conflictos internos, propios, históricos, pero simultáneamente constituye el teatro de nuevos conflictos, exógenos, que han sido trasladados a esta zona a medida que el mundo centra su atención —y su preocupación— en la misma.

Las relaciones interasiáticas e interpacífico son largas y han exigido una atención muy especial. Las primeras son de la mayor complejidad y han hecho necesaria la búsqueda de fórmulas novedosas para encontrar soluciones satisfactorias para pueblos de tan altas culturas. Las segundas, son indudablemente más simples en su problemática, pero no por eso sin importancia.

Las sociedades milenarias que tienen su sede en Asia han crecido intentando expandirse, y han logrado o no su objetivo. Ello ha provocado altibajos, crisis internas y externas, todo lo cual ha creado fuertes tensiones, con sus consiguientes desafíos, éxitos o fracasos.

A este pasado copioso en acontecimientos se une ahora el hecho de que, unánimemente, los institutos científicos de todo el mundo aseguran que el siglo XXI será el siglo del Pacífico. Para prever lo anterior se fundan en los índices de crecimiento del ingreso *per cápita* y el número de habitantes proyectados para los próximos 50 años, en comparación con otras regiones del mundo. Asia-Pacífico cuenta con 1.500 millones de habitantes, frente a los 400 millones de Europa, o sea, cuatro veces más. La tasa de crecimiento de la misma no tiene casi comparación, desde el momento que en muchos países europeos esta es regresiva. Su ingreso *per cápita* promedio es de US\$ 600, casi un séptimo del europeo. Suponiendo que el ingreso *per cápita* llegara en los próximos 50 años sólo a la mitad del europeo, lo que es bastante probable dado los índices actuales y previsiones futuras, su PNB será el doble del europeo. La tasa de crecimiento, siempre en comparación con Europa, será una y media veces más para Japón, y por lo menos tres veces más para China. No hay duda, que el Pacífico deberá necesariamente desplazar al Atlántico como centro de la actividad humana.

En primer término, vale la pena preguntarse si esta zona está pasando a convertirse por sí misma en el centro del universo, o bien si su importancia creciente proviene solamente del reequilibrio de un liderazgo mundial que ha estado monopolizado desde hace siglos por los pueblos de origen europeo. La respuesta parece ser que nuestro planeta está yendo cada vez más rápidamente hacia el Pacífico, de la misma forma como en su época se desplazó del Mediterráneo al Atlántico, luego de la toma de Constantinopla por los turcos y el casi simultáneo descubrimiento de América.

Las bases de sustentación de esta opinión no faltan. Desde luego, la región constituye un polo económico de una vitalidad excepcional, donde millones de hombres y de mujeres de excepcionales virtudes en términos de acuciosidad, paciencia y sacrificio, trabajan, producen e intercambian sin descanso. Así ocurre en casi todos los países asiáticos nombrados, pero muy especialmente en Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Japón, Singapur, los que compiten cada vez en mejor situación relativa, con Europa y las superpotencias.

Esta misma región absorbe los dos tercios de las exportaciones de Japón, China y América del Norte, el 70% de las del sudeste asiático y Oceanía. Es decir, esa área transpacífica constituye actualmente una fuerza de atracción de primera magnitud que impulsa las corrientes regionales.

Las cifras antes planteadas permiten constatar lo que está en juego. Nada menos que el acceso a un mercado ilimitado, casi virgen, donde sus pueblos irán accediendo progresivamente a mejores niveles de ingreso, que a su vez les irá creando nuevas necesidades. Está atrayendo hacia sí a las demás regiones del mundo, desarrollando su propia identidad y comenzando a mostrar, tímidamente a veces y menos en otras, sus propias ambiciones.

La región es el centro de fuertes conflictos y tensiones. Internamente, el mayor problema consiste en la determinación y reequilibrio del lugar que ocupan los Estados Unidos y Japón al Interior de la misma. El gran país de América no sólo tiene tres importantes Estados hacia el Pacífico (California, Oregon y Washington) con 30 millones de habitantes, sino que abriga en esa zona industrias de la más alta tecnología. Además siente una enorme atracción por Asia, desde la expedición del Comodoro Perry al Japón, y atrae enormes corrientes de inmigración asiática. A pesar de esto rechaza hoy, como lo ha hecho en otras ocasiones de la historia, que Japón domine libremente la zona. Por supuesto que hay innumerables acuerdos concretos, como el famoso General Motors-Toyota, de 1983, pero compiten fuertemente, así como en sus propias economías, en países como Corea del Sur y toda la zona del sudeste asiático.

Sería difícil imaginar dos países más diferentes. Por una parte, una nación antigua, plagada de tradiciones vivas, culturalmente homogénea, poblando un archipiélago en un extremo del Asia. La otra, joven, un crisol de razas, pero con raíces básicamente europeas, difundida a través de un verdadero continente plagado de recursos naturales. Los dos, turbados por los recuerdos de una guerra que inauguró la era nuclear. Es casi un milagro que esos dos países, tan diferentes entre sí, hayan logrado llegar a entenderse como lo han hecho. Los Estados Unidos son el socio comercial más importante del Japón. Unidos, constituyen la mitad de la producción total mundial, sin considerar al mundo socialista. Con 52 mil soldados norteamericanos en su territorio, Japón constituye la llave maestra de la estrategia de defensa norteamericana en el Pacífico.

Pero no deben darse por demasiado seguras sus relaciones bilaterales. La recesión mundial y el poderío militar soviético han creado tensiones entre ellos. Con un 10% de desempleados, los norteamericanos están reaccionando contra lo que denominan prácticas comerciales desleales japonesas, que se manifiestan en la inundación de productos japoneses en su propio país. Simultáneamente, presionan para que el Japón importe más, disminuyendo así sus enormes excedentes comerciales. Obligan al Premier Nakasone a destinar más fondos a su propia defensa y a la de la región, ante el peligro de la Unión Soviética, de la cual se han defendido hasta ahora con el paraguas norteamericano. "Los problemas entre Japón y Estados Unidos son como navegar en la Antártica; hay que evitar los icebergs sin dañar los barcos." (Nakasone, entrevista de la revista *Time*, agosto 1, 1983)

Pero ello no es fácil. Si bien están situados a 380 millas de China y a sólo 155 de la Unión Soviética, una reciente encuesta reveló que el 72,6% de los japoneses rechazan un incremento en los gastos destinados a defensa, a expensas de una disminución de sus beneficios sociales.

La Unión Soviética y los Estados Unidos han llevado sus rivalidades, que se extienden por todo el planeta, a esa región. Hemos visto las bases militares que tienen instaladas, así como es conocido el poderío militar creciente de ambos en la zona. Estados Unidos tiene allí 148 mil hombres permanentes, que incluyen, entre otras fuerzas menores, 57 mil del Ejército, entre Corea del Sur y Japón; la Séptima Flota, con 4 portaaviones, 45 buques diversos y 35 mil hombres; y 30 mil del PACAF (Pacific Air Forces), entre Guam, Japón, Corea del Sur y Filipinas. La Unión Soviética, por su parte, tiene 52 Divisiones del Ejército en el Lejano Oriente, 28 submarinos nucleares, 95 convencionales y un portaaviones, con un total cercano a los 300 buques, 700 *Mig* 21 en la frontera con China, entre otras. (*Pacific Defense Reporter*, 1984, Annual Reference Edition, Melbourne, 1985)

Aparentemente, los soviéticos van logrando una cierta supremacía naval. La derrota norteamericana en Viet Nam sirvió a la Unión Soviética para apoderarse de la base de Cam Ranh Bay, lo que les permite llegar muy lejos de sus costas, así como irse apropiando progresivamente del mar de Japón y del mar de Okhotsk. Este desarrollo de la presencia soviética en la zona constituye la expresión más dramática de la expansión del Kremlin en el Pacífico y la materialización de un peligro temido desde hace largos años por Occidente, pero siempre considerado lento para concretarse y de difícil materialización. Pero está apoyada no sólo por una activa diplomacia, dramáticamente modernizada por Gorbachev, sino que también por los 160 misiles nucleares SS-20 soviéticos apuntados hacia el sudeste asiático, que constituyen un importante factor de negociación.

A pesar de todo, la influencia militar norteamericana en la zona sigue siendo aún incontrarrestable. La Unión Soviética quisiera revertir tal situación, pero los Estados Unidos tienen sobre ella un férreo control. La región está alineada con el bloque occidental, con muy escasas excepciones, y sus pueblos se sienten mucho más cerca de los Estados Unidos, su vecina en el área, que de la Unión Soviética, ubicada en los confines de la misma. Tal situación es particularmente gráfica en la Polinesia y en la Micronesia, mientras que los pueblos de la Melanesia tienen influencias más variadas, especialmente en Vanuatu, el primer país del Pacífico donde la Unión Soviética ha tenido una embajada residente.

El despertar político, económico y comercial de China, en términos internacionales y regionales, constituye otro gran tema de reflexión. Confinada siempre, por coyunturas internas o externas, a sus propias fronteras, China comienza a surgir tímidamente al exterior a fines de los años 70, y desde entonces desarrolla una actividad incesante de apertura al mundo exterior, decidida ahora voluntariamente y no bajo presión. Luego de su reconocimiento internacional, desplazando a Taiwán, China lanza una ofensiva durante los años 80, con sucesivas visitas del ex Secretario General del PCCH, Hu Yoabang, a Japón, a los países de la ASEAN y del Pacífico y de Europa.

Una nación enorme desde el punto de vista de las cifras, China ha pasado a convertirse en un nuevo factor de poder en la región, que aún encuentra trabas internas y externas a la movilidad deseada.

Este fortalecimiento de China parece ser no solo aceptado como una realidad por los Estados Unidos, sino que impulsado por éste, ya que ello le permite desarrollar un elemento adicional de preocupación para la Unión Soviética. El enorme desnivel tecnológico existente entre ambos gigantes del Asia se atenúa en la medida que el poderío chino crece, aun

cuando la Unión Soviética crezca paralelamente mucho más. Pero ello provoca un efecto disuasivo, material y psicológico, ya que impulsa un reequilibrio regional integral. China desarrolló una política exterior independiente respecto de ambos, lo que provoca, ampliando los conceptos, una especie de triángulo de las superpotencias, cuyas relaciones, intervincladas entre sí, constituyen una especie de ballet de acciones y reacciones, iniciativas, avances y retrocesos, donde cada acontecimiento mundial provoca determinados efectos respecto de cada uno de ellos.

Dentro de este contexto, las diversas entrevistas sostenidas por el señor Arkhipov con líderes chinos, para intentar atenuar los tres puntos de fricción bilateral (la concentración de tropas soviéticas en la frontera china, la ocupación soviética de Afganistán y el apoyo de ese país a la ocupación de Camboya por parte de Viet Nam) han repercutido inequívocamente en un mejoramiento de la relación bilateral global, aun cuando, paradójicamente, no han habido mejorías sobre esos tres puntos específicos. Simultáneamente, el apoyo norteamericano a la modernización de China, respaldado por todos los sectores políticos de ese país y, muy especialmente, con la aprobación del Congreso norteamericano al Convenio de Cooperación Nuclear suscrito, en abril de 1984 en Pekín, por el Presidente Reagan, han impulsado igualmente las relaciones chino-norteamericanas.

Durante 1984 el comercio bilateral alcanzó a 6.100 millones de dólares (un 37% más que el anterior) y la tendencia es siempre al alza. Tal vez, lo más sensible de la relación entre los dos países es la existencia de puestos de escucha norteamericanos en territorio chino para captar los movimientos soviéticos, y el apoyo material chino a la guerrilla de Camboya y de Afganistán. Los Estados Unidos se han lanzado inequívocamente a apoyar a China en su protección contra los soviéticos, pero esta actitud no provoca una relación de dependencia china de los Estados Unidos. Tal coyuntura, si bien beneficia a Pekín, también es muy útil para aquel país, y el intercambio militar entre los dos es bastante estrecho; delegaciones militares chinas y norteamericanas son frecuentes huéspedes del otro país. Los chinos están particularmente interesados, dentro de su plan de modernización de su defensa nacional, de adquirir nuevas tecnologías militares en los Estados Unidos.

Entre los diferentes puntos de tensión entre China y la Unión Soviética existe otro, más sordo, relativo a la creciente rivalidad por su influencia en Corea del Norte. Kim Il Sung viaja a los dos países y recibe regularmente la visita de delegaciones y altos personeros soviéticos y chinos. La mayor parte de estas visitas se gesta y muchas veces se desarrolla en forma secreta, o bien se publicitan sólo una vez que han concluido. China es partidaria, al igual que Japón, de que Corea del Norte estreche sus vínculos con Corea del Sur.

Hace 40 años, Mao Zedong exhortaba a su pueblo a pelear (léase, contra Japón) "hasta la última gota de sangre". Entre las últimas visitas de alto nivel intercambiadas en las más diversas áreas, un importante funcionario chino, Peng Zhen, dijo que esa guerra y la subsecuente ocupación del territorio chino por Japón, entre 1937 y 1945, fue "sólo un momento" de la historia de las relaciones entre esos dos países. Y agregó: "tenemos las mejores relaciones en más de 100 años". En tan pocos años, estos archirrivalos han llegado a convertirse en muy buenos amigos. "China tiene hoy con Japón, objetivamente, las mejores relaciones que mantiene con un país extranjero." (*The International Herald Tribune*, Jim Nann, corresponsal de Los Angeles Times en Beijing, septiembre 1985)

Los diplomáticos japoneses, por ejemplo, a pesar de ciertas dificultades formales (conmemoración de actividades bélicas entre los dos países), tienen el más amplio acceso a la administración china, provocando la envidia de sus colegas norteamericanos y soviéticos, europeos del este y del oeste. Económicamente, Japón es el primer socio comercial de

China. En 1986, 450 mil turistas japoneses visitaron China, un tercio del total de los recibidos por el país. Incluso, han llegado a desarrollarse vínculos castrenses, a través de visitas de alto nivel y un análisis conjunto de la situación regional y mundial. Durante los últimos 80 años, no hay que olvidarlo, Japón y China han tenido dos guerras, en 1894-95, cuando China perdió el control sobre Taiwán, y la de 1937-45, donde se han estimado 1,3 millones de muertos y 2 millones de heridos.

China ve hoy al Japón como un modelo para sus ambiciosos proyectos de modernización nacional, así como un puente hacia Occidente. Sus líderes estudian la forma como Japón se abrió al mundo después de su autoaislamiento, a fines del siglo XIX, y logró transformarse en una superpotencia económica pocos años después de la devastación de que fue objeto al término de la Segunda Guerra Mundial. En 1984 el comercio chino-japonés alcanzó a 13 millones de dólares, y Japón controla un cuarto del comercio exterior total chino. La proximidad geográfica es beneficiosa para ambos, y también ayuda el hecho de que los otros dos gigantes económicos del área, Corea del Sur y Taiwán, no tienen vínculos de ninguna especie con China. No obstante lo anterior, hay expertos que prevén que ambos países podrían ser nuevamente rivales durante el siglo XXI, si China se desarrolla al extremo de constituir una amenaza, primero económica y luego política, para el Japón.

La zona no está exenta de otras graves tensiones. Entre ellas podemos citar, a vía de ejemplo, el sordo enfrentamiento entre China e Indonesia por motivos ideológicos y de rivalidad tradicionales; la relación China-Taiwán, con sus efectos de toda índole; la hostilidad entre las dos Coreas; la tensa frontera entre China y Viet Nam y el apoyo de aquel país a Camboya; la crisis del Tratado ANZUS respecto de Nueva Zelanda; el progresivo nacionalismo izquierdizante en la Melanesia; la invasión soviética a Afganistán y sus efectos sobre la región.

Pero vale la pena consignar, por su eventual importancia futura, el progresivo surgimiento del Islam, muy fuertemente presente en Malasia, Indonesia y Brunei, que provoca trastornos en el sur de las Filipinas dando origen a una guerra de hecho contra el norte católico, desde la región del Mindanao. En una época en que el islamismo se convierte en abiertamente militante, este fenómeno podría alterar la interrelación política de la región. Así está ocurriendo actualmente en Malasia y en las Filipinas.

La historia ha legado entre estas antiguas civilizaciones viejos antagonismos étnicos, políticos o religiosos, que suelen reaparecer y afectar la convivencia regional. El espectacular surgimiento del Japón, con sus excedentes comerciales históricos, ha alterado el equilibrio de la región e impulsa a otros a emularlo. Pero, simultáneamente, tal desarrollo es vulnerable, debido a la casi total falta de materias primas de ese país.

A pesar de tales vulnerabilidades, la región Asia-Pacífico está alterando el antiguo y ya tradicional concepto del eurocentrismo. Es una realidad difícil de aceptar por los europeos, en toda su dimensión y efectos. Las universidades e institutos del viejo continente comienzan a llamar la atención hacia tal situación. Pero ello puede ser mucho más grave si Europa no adopta pronto, y de común acuerdo, medidas adecuadas para adaptarse a esa nueva realidad.

Porque lo que está realmente en juego es el cambio del centro de gravedad del mundo, en lo político y en lo comercial, desde un área a otra. Los protagonistas de la historia reciente se encuentran al comienzo de una nueva era, en la cual deberán desplazarse hacia otros centros si quieren mantener sus actuales niveles de vida. Las cifras, interpretadas adecuadamente, son inequívocas al respecto. Esta región será el centro del mundo del

futuro y habrá que reorientar políticas y cambiar esquemas sólidamente concebidos, a fin de participar adecuadamente de tal desafío.

LOS ESPECTADORES

Hay un sinnúmero de países que están observando, o bien directamente actuando, por diversas motivaciones, en esa región. Unos con objetivos comerciales y otros simplemente políticos, pero ya han comenzado a centrar su atención en la zona. Simultáneamente, otros no han manifestado ninguna reacción, porque no han comprendido bien sus posibilidades futuras, ya sea por ceguera política, por estar demasiado concentrados en sus propios problemas, o simplemente por falta de medios humanos o materiales.

Entre los espectadores, los hay activos y pasivos.

A pesar de las limitaciones antes señaladas, Europa occidental, sea individual o conjuntamente a través de la Comunidad Económica Europea, son los espectadores más activos. Conscientes de la pérdida de su influencia política aspiran a desarrollar vínculos comerciales, intentando así obtener el mayor provecho posible. Fundamentalmente, se han lanzado por el comercio de importación y exportación, marcando el acento en la provisión de maquinaria a la industria regional. Sin embargo, la inversión misma no ha sido muy alta.

En términos generales, Alemania y Gran Bretaña son las que han comprendido mejor las posibilidades del área. Francia se acerca al Asia, pero su realidad colonialista la aleja del Pacífico. Italia, Holanda y Bélgica impulsan solamente una actividad comercial. Culturalmente, sin embargo, Europa está prácticamente ausente de la zona. Primero, porque se trata de culturas antiguas y profundas, difíciles de penetrar, y luego porque estos países realizan una labor más de absorción cultural que de promoción de las mismas. Resulta sorprendente ver como los encargados de los sectores culturales de las distintas Embajadas se interesan más por aprender del Asia que por promover sus respectivas culturas en esa región.

La CEE, por su parte, intenta desarrollar su actividad común. Con Japón, China, Corea del Sur, Australia, los países de ASEAN, Nueva Zelanda, mantiene relaciones comerciales y políticas. Los países del Pacífico, asimismo, son parte de la Convención de Lomé y gozan de todas las prerrogativas que la CEE concede a los países de esa región, Africa y el Caribe, que son básicamente las ex colonias europeas. Estos países son Fiji, Kiribati, Nueva Guinea, Samoa Occidental, Islas Salomón, Tonga, Tuvalu y Vanuatu. La CEE aspira a ser reconocida como "el más neutral donante para las naciones del Pacífico sur" ("The CEE and the Pacific", *Europe Information*, julio 1983).

La actividad europea es, entonces, diversa en una u otra zona. En Asia se busca comerciar, obtener utilidades, actuando con el mayor pragmatismo político, sin interesarse por la orientación ideológica del respectivo país. Así, los líderes europeos viajan constantemente a Corea del Sur, cuyas autoridades son, a su vez, bienvenidas en sus capitales. En el Pacífico, en cambio, la presencia política es el fin perseguido, la que sólo puede obtenerse a través de la cooperación al desarrollo, ya sea financiando proyectos de asistencia técnica o financiera, donaciones (excepto Papúa Nueva Guinea y Fiji), apoyando proyectos a través del Banco de Inversiones Europeo, impulsando la cooperación regional o bien colaborando con oportunidades comerciales en beneficio de esos países. A través del Protocolo del Azúcar, la CEE presta una valiosa ayuda a Fiji, que es el único Estado beneficiario del mismo en la zona. La CEE tiene dos delegaciones en la región, una en Suva

(Fiji) y otra en Port Moresby (Papúa Nueva Guinea), así como oficinas en Honiara (Islas Salomón), Apia (Samoa Occidental) y Nukualofa (Tonga).

Europa está comprendiendo que el año 2000 el PNB de la región, incluyendo la costa oeste de Estados Unidos y de Canadá, será superior al de Europa occidental en su conjunto. Ello la obliga a acercarse a la misma, ya que después de "haber exportado hasta allá su civilización", con el mismo fervor Europa se retiró de ella después de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos comparte ahora su liderazgo individual con el Japón. Europa, en su conjunto, sólo ocupa el tercer lugar. Para atenuarlo, el viejo continente impulsa el conocimiento, a nivel universitario, de China, Japón y los países de la ASEAN, respecto de lo cual han sido sobrepasados, sin embargo, por Estados Unidos y Australia. En la educación escolar europea aún se ignora a los países y las culturas del Pacífico. El año 2000, solo el 6% de la población mundial vivirá en Europa, mientras que el 33% de la misma lo hará en la Cuenca del Pacífico. "Para subsistir económica y culturalmente, Europa necesitará imprescindiblemente de estos nuevos mercados". (*The significance of the Pacific region for Europe*, Eberhard Rhein, CEE Bureau de Presse et d'Information, Bruselas, 1984)

Por su parte, los países del este intentan asimismo un acercamiento a la zona, pero su accionar es aún tímido, debido a sus difíciles situaciones económicas. Parece ser Yugoslavia, aun cuando todavía en términos muy relativos, el país socialista más presente en la región. Influye también para esto, elementos de carácter político, debido al total compromiso ideológico que éstos tienen con fórmulas que Estados Unidos y Japón rechazan terminantemente.

Por otra parte, hay países que surgen esporádicamente. India está presente, aun cuando muchísimo menos de lo que pudiera preverse por su importancia internacional. Egipto desarrolla esfuerzos en el plano económico, mientras que Irán y Turquía intentan igualmente un acercamiento. Libia es un gran enigma.

Respecto a América Latina, los países presentes en la región son Argentina, Brasil, Méjico, Chile y Perú, pero Brasil no refleja su vitalidad real, salvo quizás en Japón, Méjico carece de influencia, impulsando una cierta actividad cultural.

Los ausentes del área, en primer término, España y Portugal, que paradójicamente fueron de los primeros en llegar hasta sus costas. Con la pérdida de las Filipinas, a fines del siglo pasado, España prácticamente ha desaparecido hasta ahora de esa región. Igual cosa ocurre con los países nórdicos, muy poco presentes. Los africanos, prácticamente no tienen vínculos de ninguna naturaleza. Igual situación existe respecto de Israel y los países árabes del Medio Oriente, incluyendo Arabia Saudita. Todos estos países, a pesar de su importancia, no logran comprender cabalmente la progresiva trascendencia de esta región en el contexto internacional presente y futuro.

